

“LA CONFESION”, de Garaudy

UN SOCIALISMO

“La esencia del socialismo es precisamente ser un régimen capaz de hacer de cada hombre un hombre, es decir, un creador, un momento decisivo de la iniciativa, de la historia de la creación continua del hombre por el hombre.”
 (“Ya no es posible callar”, p. 103)

En poco más de seis meses se han editado en Caracas dos libros de Roger Garaudy que tienen entre sí un íntimo parentesco: **El gran viraje del socialismo y Ya no es posible callar** (1). Dos títulos herméticos y acuciantes que presentan ante la opinión mundial un proceso tan apasionante como el de **La Confesión**. Un mismo autor, preocupado por la reinterpretación del marxismo-leninismo, por la invasión de Checoslovaquia, por los sucesos de mayo en París, por las directrices soviéticas y por el futuro del socialismo. Ante una temática de tan vital actualidad, también para nosotros el silencio sería una forma de complicidad.

¿QUIEN ES ROGER GARAUDY?

“Algún intelectual ha escrito que nacer pobre es ganar treinta años. Según mi experiencia personal, es verdad que el haber nacido en una familia obrera y el haber vivido la vida de la clase obrera, habiendo tenido el privilegio de acceder a la herencia de la cultura, me ha hecho ganar más de una docena de años en la toma de conciencia de una contradicción fundamental que me condujo, a los veinte años, en 1933, al Partido Comunista.”

Este joven era Roger Garaudy. Buscaba en su adhesión al PC todo el peso de su vida, su sentido total. En aquel entonces era militante cristiano en Marsella y todavía se sintió cristiano cuando por primera vez se presentaba en la sede del Partido. Pero, convencido de que “una idea no es idea si no está ligada a una práctica”, su quehacer intelectual estará siempre al servicio de lo que él considera los valores más profundos del hombre.

* * *

Desde entonces, en menos de cuarenta años, lo ha conocido todo: resistencia, prisiones, campos, viajes y polémicas. Pero lo que quizás le va a marcar para la historia es su posición con respecto al PC francés y en concreto su disconformidad con la intervención soviética en Checoslovaquia. Para Garaudy, un hombre que ha dedicado lo mejor de su vida a desentrañar a Marx y a militar en el Partido, ya no es posible callar.

Otro aspecto que consideramos fundamental en su personalidad es la de haber contribuido de forma sincera y eficaz a entablar el diálogo marxista-cristiano. Pocos comunistas como él han sabido comprender la virtualidad del cristianismo y su vigencia histórica. Se acerca a los cristianos sin el menor resabio fanatista, con la transparencia de quien busca la verdad y dejando a un lado viejos dogmatismos. Su libro posconciliar, **Del anatema al diálogo**, es una delicada pieza de 126 páginas penetradas de limpia claridad y de generosa sugerencia (2).

Este hombre, intelectual por oficio y militante nato, ha planteado las más serias cuestiones al comunismo internacional. Como ocurre en estos casos, se le ha excluido violentamente del Comité Central del PC francés. No se le temía cuando filosofaba sobre la **Teoría materialista del conocimiento** o sobre las **Perspectivas del hombre**. Pero cuando, fiel al método marxista, penetra en el análisis de la realidad para discutirla, su palabra comienza a resultar insoportable. Garaudy, sin embargo, insiste: “Nuestra causa es justa. Nuestro objetivo será alcanzado. Se logrará tanto más rápido en la medida en que nuestros métodos sean rápidos y profundamente modificados. Y lo serán, porque aunque se separe a quienes los plantean, los problemas continuarán planteándose en la vida.” La ortodoxia rígida triunfa una vez más sobre el pensamiento vivo. El integrismo doctrinal parece descansar después de haber dictado su condena. Pero ¿quién podrá pensar que en el hombre se ciegan de esta manera las fuentes del espíritu?

EL GRAN VIRAJE DEL SOCIALISMO

La primavera de 1968 (mayo y junio) no iba a ser para Europa un canto de flores y guirnaldas. Dos acontecimientos de carácter universal estallaban en dos capitales del viejo continente: la revolución de

mayo en París y la intervención soviética en Praga. “El movimiento comunista internacional se halla en crisis.” Y junto a esta afirmación, una evidencia: no puede hacerse nada eficaz en Francia sin el partido comunista y no puede hacerse nada si este Partido no se transforma profundamente.

Una nueva etapa se está abriendo para la humanidad: la conquista de tres infinitos (lo infinitamente grande, lo infinitamente pequeño y lo infinitamente complejo). El desarrollo de las fuerzas productivas hace nacer contradicciones nuevas. No basta con repetir mecánicamente las tesis de Marx, porque el marxismo es, sobre todo, una metodología de la iniciativa histórica. Roger Garaudy, desde dentro del marxismo, sin pretender herirlo, sino llevarlo a la reflexión, no puede permanecer pasivo ante la mutación fundamental de nuestra época: “Como militante comunista y con el convencimiento de que sólo el socialismo puede crear relaciones sociales que respondan a las exigencias de la formidable mutación científica y técnica, poniéndola al servicio de la liberación del hombre y de todos los hombres, decimos claramente a los dirigentes soviéticos: ¡el socialismo que queremos construir en Francia no es el que vosotros imponéis en Checoslovaquia!” Una voz parecida acabamos de escuchar en Venezuela.

Para Garaudy, una característica definitiva de la revolución científica y técnica es el resurgimiento incontestable de la **subjetividad humana**. Este factor es válido para estudiantes y obreros, y se repite de forma parecida en cualquier sociedad industrial. Ya desde antiguo, y en compañía de Sartre, había preocupado a Garaudy el “integrar el momento de la subjetividad”. Pero ahora se le presenta un nuevo horizonte, pues descubre que la cibernética, atmósfera que todos vamos a respirar en el último tercio del siglo XX, “puede crear las condiciones de una explosión de la subjetividad humana”.

Indudablemente, el marxismo posterior

(1) Tiempo Nuevo 1970 y Monte Avila 1971.

(2) Véase SIC, Nº 286, junio 1966.

CON ROSTRO HUMANO

Ricardo Herrero-Velarde

a Marx, tantas veces dogmático y anti-marxista, no estaba acostumbrado a este lenguaje. Con frecuencia había eludido el problema de la subjetividad para orientarse hacia el más crudo y objetivo materialismo dialéctico. Garaudy, sin embargo, plantea claramente la cuestión en **Del anatemático al diálogo**. La creación de nuevos valores, en un alumbramiento doloroso, ha llevado a poner de relieve los problemas de la subjetividad. "Después de la renovación social y moral de la revolución socialista de octubre, que es el máximo suceso espiritual de nuestro siglo, después de un cuarto de siglo de esclerosis intelectual del marxismo, los problemas de la subjetividad, de la elección y de la responsabilidad personal reaparecen con fuerza." (El subrayado es nuestro.) Y refiriéndose a la dialéctica marxista, que lleva en su entraña la "maravillosa herencia cristiana", acabará por afirmar: "El marxismo vivo, que ha demostrado su fecundidad y su eficacia en historia, en economía política, en las luchas revolucionarias y en la construcción del socialismo, se ve en la obligación, en filosofía, de elaborar más profundamente una teoría de la subjetividad que no sea subjetivista y una teoría de la trascendencia que no sea alienada."

El nuevo humanismo marxista, descubierto por Garaudy desde la perspectiva de Marx, adquiere una dimensión inédita. La revolución de la subjetividad, exigencia de la revolución científica y técnica, reclama en el hombre la aptitud para la síntesis, para la interrogación y la participación. Fuera y dentro del trabajo, se instauran unas nuevas relaciones entre sujeto y objeto, entre el hombre y la máquina. De esta manera se confiere al sujeto, al hombre, su primacía y su señorío, y superando los dualismos maléficos del pasado, se le devuelve su integridad y plenitud.

EL SOCIALISMO ES UN HUMANISMO

Hay que aprender a hacer nacer un

hombre nuevo. La frase podría ser de San Pablo, pero la ha hecho suya Garaudy. El militante comunista, busca que busque entre tantas sociedades sin finalidad, "un poeta de la creación frente a la entropía". Porque ésta es, según él, la tarea esencial del socialismo: "ofrecer a cada hombre la posibilidad real de llegar a ser un hombre, es decir, un creador, en todos los niveles de su existencia social, el de la economía, el de la política, el de la cultura".

Aquí se encierra, todavía en embrión, todo un programa político. Esta es una línea de frontera que señala los límites sin lugar a dudas. Por una parte, los que mitifican el Partido y lo consideran como fin sin cuestionar su sentido; los que están dispuestos a volcar su personalidad sobre la organización o sobre la institución que en definitiva les ampara; los que no tienen dificultad en contemplar la historia como objetos que la padecen. De otro lado, el hombre prometeico presentado por Garaudy: sujeto y estímulo de su propia historia en unión con los demás hombres y para la construcción de la nueva sociedad.

Los marxistas, ante esta doble posibilidad, han ido haciendo su elección desde la revolución de octubre de 1917. Garaudy cree ver en el año 1938 una fecha decisiva, cuando Stalin publica **Materialismo dialéctico y materialismo histórico**. Aquí se da la carta de ciudadanía al dogmatismo, se hace retroceder el marxismo al nivel del viejo materialismo, se le da una forma de catecismo. Desde este momento, todo es explicable: la reacción ante el socialismo yugoeslavo, la separación china y la intervención en Checoslovaquia. La letra de las enseñanzas de Marx se ha impuesto a su espíritu.

Roger Garaudy no se resigna ante esta nueva forma de encantamiento. Es consciente de que el centralismo burocrático y la apropiación por el Partido-Estado de todas las formas de actividad social pue-

den conducir al comunismo a su ruina. Y condena esta desviación en nombre de Marx y Lenin, es decir, en nombre del más puro marxismo. "El objetivo del socialismo no debe ser ni siquiera en el plano económico y técnico el del capitalismo con una simple diferencia cuantitativa. Las realizaciones del socialismo no se miden solamente por el número de refrigeradores o de aparatos de televisión. Su superioridad, aun técnica, debe afirmarse por la satisfacción y creación de otras necesidades que permitan el desarrollo del hombre. Hay que crear otro tipo de civilización."

* * *

El socialismo no será solamente un deseo igualitario, porque la igualdad puede conducir a la pasividad y al contentamiento superficial. No será únicamente la mejora de las relaciones de producción ni siquiera puede terminar en la socialización de los medios de producción. Las contradicciones son más íntimas, se refieren al mismo ser del hombre. El socialismo será el arte de crear necesidades nuevas y medios nuevos para satisfacerlas. De esta manera se podrá llegar a "formas inéditas de felicidad, de belleza y de vida".

Sólo de este modo se podrán suprimir las relaciones sociales que se basan sobre el individualismo de la competencia y los enfrentamientos de jungla que de ellos dimanar. Y sólo así el socialismo tendrá acceso a la "ética naciente de una sociedad tendiente al dominio consciente de su destino". Todo esto podría sonar en labios de Garaudy a una hermosa utopía si no existiese como modelo orientador el caso de Yugoslavia. A esta experiencia socialista dedica Garaudy una buena parte de su libro.

Las relaciones entre el Estado y la sociedad serán piedra de toque que facilite la realización del **hombre nuevo**. Garaudy explica el caso yugoslavo: "La eliminación del carácter estatal en la economía no implica una atomización, sino la creación de una unidad más compleja, más viva y más libre. El Estado no es absolutamente suprimido, sino que goza, especialmente respecto de la economía y de la cultura, un papel de intermediario para orientar las unidades de trabajo y las comunidades de enseñanza hacia un equilibrio entre trabajo inmediatamente productivo y trabajo creador, sin zozobrar ni en el practicismo

a corto plazo de la empresa, ni en la abstracción de una universidad y de una escuela separadas de la vida, sin sacrificar las aspiraciones humanas de la cultura a largo plazo, a los imperativos de la rentabilidad."

Hasta aquí la lectura de Garaudy está cuajada de estimulantes sorpresas. Es toda una inteligencia vibrante y lúcida que sabe ponerse al servicio del hombre para rescatarlo, para descubrir las raíces de su miseria y alentar a una filosofía creadora de la vida. Pero en esta misma ambición nos topamos con sus limitaciones. Las tuyas, que son nuestras, porque como hombres nos enfrentamos a ellas todos los días. ¿Estamos, como en el Orfeo y Narciso de Marcuse, ante una actitud y una existencia imposibles? La utopía de Garaudy, vamos a llamarla así, ¿no está encubriendo su último sentido? El descubrimiento de la subjetividad, el papel creador y señorial del hombre, ¿no alude ya a su propia trascendencia?

Pero hay dos puntos concretos sin los que, a nuestro entender, el socialismo no podrá realizar su gran viraje. Los modelos y métodos de participación, por una parte, y las nuevas formas de educación, por otra. Los dos temas están ligeramente apuntados en varias de sus obras. Pero siempre, al llegar a este punto, nos encontramos insatisfechos.

Si el marxismo ha pasado por las horcas caudinas de Stalin y Checoslovaquia, ¿quién nos dice que no va a repetir esta triste y reciente historia? Si el socialismo tiene ya toda una serie de experiencias, ¿quién augura que no va a continuar la línea fácil de las decisiones verticales y se va a orientar por el camino inseguro y fecundo de la creatividad? Y, por otro lado, la educación que va a preparar la nueva civilización aparece también en la penumbra. Roger Garaudy, como los grandes profetas, no ha podido predicar en su tierra.

YA NO ES POSIBLE CALLAR

Roger Garaudy no solamente describe el futuro del socialismo. Tiene también la valentía de denunciar sus momentos críticos y de analizar en profundidad los acontecimientos. Aunque esto suponga la pérdida de su prestigio personal ante las esferas oficiales del Partido, aunque muchos militantes le tachen de infiel en su momento de mayor fidelidad al marxismo. Es curioso y lamentable que en éste, como en otros casos, no se soporte la pureza de los principios.

Mayo-Junio de 1968 es para Garaudy el vértice de las "oportunidades perdidas". El PC francés no supo reflexionar sobre la verdad encerrada en la rebelión estudiantil. No pudo comprender lo que los estudiantes en aquel momento empezaron a adivinar y es que "las relaciones educadores-educandos, en la Universidad actual, reflejan las relaciones de dependencia so-

cial y alienación de la sociedad capitalista". Las aspiraciones de los estudiantes tienen una vinculación interna y profunda con los objetivos de la clase obrera. Pero se impuso el análisis mecanicista del sociologismo vulgar y el movimiento estudiantil fue juzgado en su conjunto como algo eternamente menor.

La segunda oportunidad perdida fue Checoslovaquia. "Al confundir el espíritu del Partido con el de uno solo de sus componentes (la disciplina), fuimos dirigidos por debilidad a la aceptación, al silencio, a la complicidad, y permitimos que se desarrollase esta fe ciega en la infalibilidad soviética." El verdadero humanismo socialista estuvo a punto de brotar en Praga y fue aplastado ante el silencio de muchos Partidos. Dubcek quería demasiado: despertar y estimular la iniciativa personal de cada ciudadano para que esté en condiciones de preguntarse sobre la finalidad, el valor y el sentido de los mecanismos, para transformarlos y dirigirlos. Una vez más la aptitud para la creación fue postergada ante la obediencia mecánica. No hace mucho escuchábamos una voz parecida en una sala de Caracas: "No hemos venido a escuchar a los jóvenes, sino a que ellos escuchan al Partido."

Checoslovaquia fue una explosión violenta y patente que puso en evidencia ante el mundo la simplicidad y el rigor antihumano de los mecanismos soviéticos. Pero la represión continúa y adquiere formas más sutiles que se llamarán unidad ideológica o antisemitismo disfrazado de antisionismo. Roger Garaudy no pudo callar y sus palabras pueden ser una contribución esencial para la transformación del socialismo.

DIEZ PREGUNTAS PARA CRISTIANOS

- 1.—"Para los cristianos, si el cristianismo cultivó en ellos el cuidado de la subjetividad, una larga tradición les había llevado con demasiada frecuencia a reducir la subjetividad a la sola interioridad. La fe estaba condenada a evaporarse en pura piedad personal." ¿Hemos superado realmente los confines de la interioridad?
- 2.—"Cada día son más los que conciben la trascendencia no como un principio de orden, sino como principio de libertad, y a vivir su fe no como resignación, sino como rebelión, como ruptura revolucionaria con lo ya dado." ¿No será la Fe esa última razón de ser de nuestro compromiso humano?
- 3.—El conflicto Garaudy-Partido tiene resonancias cercanas para el cristiano con respecto a cualquier institución. ¿Serán capaces las instituciones cristianas de constituirse en auténtico fermento de libertad y creatividad?
- 4.—¿No existen polaridades y tensiones semejantes en el comunismo postestalinista y en la Iglesia posconciliar?
- 5.—¿No deseamos, también desde dentro de la Iglesia, contribuir a la creación de "una unidad más compleja, más viva y más libre"?
- 6.—¿Por qué tenemos tanto miedo a la búsqueda común de la verdad?

- 7.—¿No podremos aprovechar el análisis marxista de las contradicciones que impiden al hombre ser hombre para hundir en ellas nuestra propia reflexión cristiana?
- 8.—¿Sabremos superar el concepto tradicional del comunismo mecanicista y materialista hacia las perspectivas que se abren en un socialismo con rostro humano?
- 9.—¿Evitaremos la ingenua tentación de creer que con el socialismo, de cualquier cuño que sea, se van a solucionar todos los problemas del hombre?
- 10.—¿Nos pondremos de verdad, en nombre de Dios, a favor del hombre?

ROGER GARAUDY HABLA DE CRISTO

"Más o menos bajo el reinado de Tiberio, nadie sabe exactamente dónde, ni cuándo, un personaje del cual se ignora su nombre abrió una brecha en el horizonte de los hombres. Sin duda, no era ni un filósofo ni un tribuno, pero parece haber vivido de tal manera que toda su vida venía a significar que cada uno de nosotros puede, en cada instante, comenzar de nuevo.

Para gritar hasta el fin la buena nueva hacia falta que él mismo, por su resurrección, anunciara que todos los límites, el límite supremo, la muerte misma, había sido vencida.

Tal o cual erudito puede controvertir cada hecho de esta existencia, pero esto no cambia nada a esta certeza que transforma la vida. Una hoguera fue encendida y comprueba la chispa o la llama primera que le dio nacimiento.

Esta hoguera fue primero un levantamiento de pobres; si no, de Nerón a Diocleciano, el "establishment" no les hubiera golpeado tan fuerte. Para este hombre, el amor debía ser militante, subversivo; si no, él no hubiera sido crucificado el primero.

Era como un nuevo nacimiento del hombre.

Veo esta cruz, que es su símbolo, y pienso en todos los que han agrandado la brecha: en Juan de la Cruz, que nos enseña, a fuerza de no tener nada, a descubrir el todo; en Karl Marx, que nos mostró cómo se puede cambiar el mundo; en Van Gogh y en todos los que han hecho tomar conciencia de que el hombre es demasiado grande para bastarse a sí mismo.

Ustedes, los encubridores de la gran esperanza que nos robó Constantino, gentes de la Iglesia, ¡entreguennoslo! Su vida y su muerte también nos pertenecen, a todos aquellos para quienes tiene un sentido. A nosotros, que hemos aprendido de él que el hombre es creado creador.

Poder de crear, atributo divino del hombre, aquí está, mi hostia, de presencia real cada vez que alguna cosa nueva está por nacer para engrandecer la forma humana, en el más loco amor o en el descubrimiento científico, en el poema o en la revolución."

(Tomado de ICI, Nº 352, enero 1970)